

Jazmín Riera

FLASHES



Jazmin Riera

FLASHES

Va camino a ser alguien

Vera sentía cómo sus piernas pesaban y latían en el desolador frío de la noche. Su mirada buscaba al chico que se encontraba frente a ella en el autobús, mientras la oscuridad se perdía en los *flashes* fugaces que pintaban dramáticamente su rostro.

Él, con su cabello rapado apenas creciendo, tenía unos ojos claros que contrastaban con oscuras ojeras y sus manos con nudillos lastimados que mostraba al restregarlas suavemente sobre su regazo. Era lo que quedaba de toda la grandeza que fue.

Valentín mantenía la parte trasera de su cabeza apoyada sobre la ventana, casi como si el respaldo de ese asiento fuera el único sostén del inmenso peso que cargaba en sus hombros. Su boca se torció al mismo instante que sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, enrojeciéndolos y resaltando esa mirada celestial.

Era la primera vez que Vera lo veía llorar y él, por primera vez, se permitía hacerlo frente a alguien que no fuera su mánager o su padre.

El autobús estaba casi vacío, una mujer mayor tenía la vista perdida varios asientos delante de ellos y un joven encapuchado se sumergía cada vez más en un *track* de *rock* que apenas podía escuchar por el rugido del motor.

El chofer iba a toda velocidad, tarareando algo ininteligible, mientras ignoraba todos los semáforos desiertos por la quietud característica de la medianoche.

Vera se inclinó con lentitud, apoyando los codos en sus muslos, y estiró su mano hacia Valentín con la palma para arriba. Él frunció su boca y, mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas, la imitó y unieron sus manos en el aire helado. Y allí se quedaron los dos, suspendidos en el medio de la noche, con las manos juntas y sus cuerpos en lo que parecía ser una distancia infinita.

Regresaban a casa con los destellos de *flashes* guiándolos a través de las ventanas. Los mismos *flashes* que dejan en evidencia lo que se esconde en la oscuridad.

CAPÍTULO 1

QUE DIOS SE APIADE

Notificación Amadori:

«Kitty. ¿Desea aceptar una función en vivo?»

Temática: flor salvaje - desnudo parcial. 100 monedas».

— **V**era, deja el celular.
La voz de Adrián sonó contundente.

Vera guardó el dispositivo con rapidez, mientras un coro de personas vestidas con túnicas blancas cantaba con fuerza y el sacerdote levantaba una copa dorada.

—... Todos los pecados serán sanados por Nuestro Señor.

—Amén —dijeron todos al unísono.

La misa había sido más lenta que otras veces. Quizás porque se trataba del aniversario de la muerte de su madre, o tal vez simplemente porque sabía de memoria todas las oraciones. Desde los cinco años la llevaban religiosamente todos los domingos a recibir el cuerpo de Cristo. ¿Recibir el cuerpo de Cristo? ¿Por qué querría alguien recibir el cuerpo de otra persona?

Sus manos temblaron del frío, confundiéndose con la vibración del celular que nunca había cesado: la oferta de Amadori seguía subiendo.

Mientras salían, la prensa los atacó intentando obtener la mejor fotografía posible que funcionara para tapa de revista. Los tres estaban vestidos con la elegancia y negrura características de la fecha. Nada en exceso y nada en falta. Medidos.

—Gracias a todos por estar aquí —dijo su padre.

El tono siempre impecable de Adrián, con excesiva cordialidad, parecía ignorar que la última imagen que tenía de Mariana era la de su cuerpo helado desplomado en la bañera.

Pablo y Vera subieron en silencio al auto negro que los esperaba a metros de la iglesia. Lo mejor que podían hacer en estos casos era no hablar, no arriesgarse a hacer ni decir algo fuera de lugar y subirse al lujoso auto que los rescataba del infierno de los periodistas.

Vera nunca se convirtió en la mejor, ni la peor, en nada. Siempre fue una joven promedio que no destacaba en ningún lugar y, fuera de que suene romantizado, era realmente triste. Su educación y vida social estaban caracterizadas por las mejores instituciones, espacios y eventos de la alta sociedad; lo mejor de lo mejor. Aun así, lo único en lo que se destacaba un poco era el taekwondo, actividad que comenzó a los ocho años por el al antojo de su hermano Pablo. No porque le interesara, sino porque era más fácil para sus padres decidirse por llevarlos a entrenar a un mismo lugar y despreocuparse. Con poca ilusión empezó taekwondo y terminó progresando hasta convertirse en algo que realmente disfrutaba.

—¡Voy a llegar tarde! —gritó Vera frente a las grandes y blancas escaleras—. ¡Pabloo!

Su voz hizo eco en los altos techos. Llegaría tarde y perdería puntos, por culpa de su hermano. Subió las escaleras con pasos pesados, haciendo el mayor ruido posible solo para descargar su enojo mientras se acercaba a Pablo. Golpeó la gruesa puerta de madera que cedió y se abrió rápidamente, sin que su intención fuera entrar sin permiso. Pablo, que se estaba acomodando su pelo con gel, se exaltó.

—¡No puedes entrar así! —exclamó, tratando de ocultar su incomodidad.

—Hace quince minutos que te estoy esperando. ¡Quince minutos! Hoy tengo el último torneo y te pedí por favor que no llegáramos tarde. —Vera intentaba contener la furia que le generaba tener que explicarlo. Se había preparado muchísimo para este momento y no podía creer que su éxito dependiera de que su hermano la llevara a tiempo.. La impuntualidad de Pablo era de las cosas que más le molestaban últimamente, no podían ser tan diferentes.

—Siempre lo mismo... —balbuceó Pablo pesadamente mientras guardaba los palillos de batería en una mochila verdosa desgastada, que si quisiera podría cambiarla—. Si entras de nuevo sin aviso te destruyo. —Completó la amenaza con una mirada fulminante—. Vamos, insoportable.

El *rock* pesado hacía temblar el coche gris en el que atravesaban las calles mientras su hermano replicaba la batería del tema sobre el volante.

—¿También tengo que venir a buscarte? Esto de ser niño no me emociona. —El tono de reproche constante cada vez que tenía que asistir a Vera en algo era una clara consecuencia de verla a ella como la «niña estrella». Cada día parecía más lejana la posibilidad de crear un vínculo amistoso con su hermano.

—Papá vendrá a verme así que me vuelvo con él.

—Como digas...

—Me lo prometió —deslizó Vera por lo bajo antes de bajarse y cerrar la puerta del auto.

El *dobok*, uniforme característico del taekwondo, era de una tela áspera, pero a la que Vera ya se había acostumbrado, como a todo lo que la rodeaba: el olor a gimnasio, sudor y espuma, los gritos de la gente que practicaba y retumbaban en los altos techos, la caída en las colchonetas, los dolores y la tensión que generaba la tiza en sus manos. Este era su lugar seguro. Aseguró su cinturón con fuerza, con la intensidad de quien se prepara cada día para una nueva lucha. Con su aspecto delicado, pálida y ojos levemente saltones con unas sutiles ojeras que los rodeaban, la belleza que contenía pasaba desapercibida; nadie la veía y agradecía por eso. No quería ser vista. Su belleza era diferente.

Cuando escuchó a uno de los instructores presentarla junto a su oponente, su mirada recorrió la tribuna como cuando tenía ocho años y el lugar de su padre volvía a estar vacío.

—¿Lista? —Su instructor la devolvió a la realidad.

Se puso en posición y el baile entre ambas comenzó. La habilidad, determinación y práctica de Vera marcaba la diferencia con su rival. Perdía ese aspecto débil, para convertirse en una máquina violenta.

El taekwondo es un deporte de contacto, pero el objetivo, a diferencia de otros deportes de lucha, no es dejar al otro inconsciente o sometido, sino dar suficientes golpes para lograr la mayor cantidad de puntos. Los golpes no deben ser necesariamente fuertes, ya que cuanto más fuerte es el golpe, más te cansas y tu rendimiento bajaría a lo largo del combate. El secreto está en regular la inten-

ción de cada avance y golpe. *Regular el impulso*. Algo que para Vera era familiar.

Los movimientos eran prolijos y retenidos. Si no fuera por la gota de sudor que caía por su frente, podría considerarse una pelea ensayada donde siempre había sido la ganadora y su oponente no tenía posibilidad. En este torneo había una sola cosa diferente: sus golpes eran levemente más agresivos que los usuales, tal vez porque la ausencia de su padre a su derecha la afectaba un poco más de lo que ella quería admitir.

—¡Felicitaciones, Veraaaa! —El grito de unas chicas a lo lejos la sorprendió mientras se perdía en un cigarrillo, mirando el atardecer fuera de la academia y se aferraba al pequeño trofeo de plástico con un dorado que sabía que pronto acabaría por descascararse.

—Gracias —las saludó con una sonrisa.

Era bien vista en la academia, como una promesa, y pareciera que «ejemplo a seguir» fuera su apellido. No, su apellido era aún más restrictivo. Todos conocían su apellido. Los profesores solían utilizarla como muestra para las clases de los más chicos, haciendo que casi se convirtiera en una estrella de *rock*.

Una legendaria e icónica estrella de rock que no llegaría a ningún lado porque no se dedicaría a luchar.

Esta estrella estaba ahí intentando no sentir cómo le dolían sus músculos y se le congelaban los huesos esperando a su padre. Una estrella de *rock* con su cabello tan tirante que parecía haber salido recién de la peluquería, con un rubio fulminante, suficiente *spray* como para que nada se salga de su lugar o la haga ver como un ser humano ordinario. Tal vez porque no se sentía un ser humano ordinario y ese era su secreto. Su padre no la había visto combatir, pero estaba segura de que iría a buscarla.

Estaba cansada, los mensajes y las llamadas perdidas sin atender por Adrián, dándole a entender contra cada segundo que debería empezar a caminar cuanto antes.

—¡Cleeeta!

Su hermano, que estaba en su auto con las ventanas bajas, había aparecido frente a ella tocando bocina estruendosamente.

—Vaamos perdedoraaaa.

Al subir al auto, el olor a marihuana invadió todos sus sentidos. Pablo la miró, con el cabello castaño claro ahora más aplastado y sus ojos enrojecidos.

—Adrián me pidió que te busque, porque no puedo abandonar a la niña estrella... ¿Otro más? —Se burló del premio arriba de su regazo.

Vera no quería contestar, estaba cansada y algo dolida como para admitirlo. Realmente había pensado que esta vez él vendría a verla...

—Lo lamento Verita, tuve una reunión importante con un agente de la NASA... —Simuló la voz de Adrián burlándose, pero rápidamente volvió a la suya sin soltar el tono de crueldad que lo caracterizaba—. ¿Cuándo me vas a hacer caso? Es como si realmente no lo quisieras ver. A papá no le interesas...

—Tuvo una urgencia en el trabajo y no llegó a avisarme. Está en campaña... —corrigió Vera en voz baja, esa era su voz. Una simple brisa que se atascaba en algún lugar en el que apenas podía percibirse.

Ambos quedaron en silencio a lo largo del camino.

—¿Dónde estamos yendo?

—Al ensayo, dejé a los chicos por la mitad porque me llamó Patricia, pero por lo menos gané una cerveza. —Se notaba que todo esto lo divertía—. Al parecer soy bueno en las apuestas familiares.

Patricia era la asistente de su padre, era la voz que se encargaba de llamarlos para informales de cambios en la agenda.

—Pablo, tengo que ir a estudiar y estoy muy cansada... —No quería pelear con su hermano, no iba a salir ganando y la realidad es que no quería enojarlo, nunca salía bien parada de sus enojos.

—No hay otra opción Cleta, es lo que es. Era esto o morir congelada en la parada de autobús. Y me cobraré venir a buscarte. Estoy realmente harto de ser tu niño.

—Prefería morir... —susurró Vera, mirando por la ventana y tratando de escapar mentalmente de la situación.

Los chicos ensayaban en la casa de Norma, la abuela de Enzo, cuando el búnker, el sótano en la casa de Lolo, no estaba disponible. Movían los viejos muebles del *living* y la banda se acomodaba con sus instrumentos como si se tratara de un escenario frente a miles de personas. El lugar tenía un tono sepia, como si le pusieran un filtro digital, de lo mucho que había fumado Norma allí.

Vera se sentó en un sillón de felpa mientras los miraba practicar una y otra vez. Un poco más lejos estaba Paola, la novia de Enzo, leyendo un libro con sus piernas estiradas forradas con sus clásicas medias de red.. Pablo no dejaba de dar indicaciones desde la batería, mientras Lolo, la voz principal, parecía abatido. Más allá estaba Valentín, con su guitarra colgando. Intentaban ser un grupo coordinado, pero desde hacía un tiempo que no parecían encontrar la sintonía.

Mientras tocaban *Loco enamorado*, su tema destacado, Lolo y Pablo comenzaron a discutir y el caos tomó el lugar por completo.

—¡Dijimos que íbamos a sacar el puente! —explotó Lolo molesto contra Pablo, que no esperó un segundo antes de dejar de tocar.

—¡Ya te dije que porque no te salga cantar el puente no vamos a sacarlo! ¡Es la mejor parte! —Las mejillas de Pablo ya estaban coloradas.

Era la segunda vez en el ensayo que lo paraban y los gritos volvían pesado el ambiente.

—¡No es que no pueda cantarlo! ¡Simplemente no me gusta! ¡Te importa que esté porque lo escribiste y no porque sea bueno!

Los músculos de Vera tensaron su cuerpo. La violencia de su hermano hacía que sus piernas quisieran alejarse de ahí rápidamente. Caminó hacia la cocina siguiendo su instinto, buscando un poco de silencio y calma; no sería malo intentar encontrar un autobús o tomar un taxi. Sacó el celular de su bolsillo esperando encontrar un mensaje de su padre, pero era en vano ilusionarse. Sin darse cuenta de su presencia, cuando levantó la mirada se encontró con Valentín sirviéndose un vaso de agua. Mientras se apoyaba en la mesada y la miraba, Vera lo miró con detalle: llevaba una remera negra holgada, al igual que unos *jeans* azules, su cabello oscuro remarcaba algunas facciones y sus ojos cristalinos. Era alto, de aspecto fuerte pero relajado y muy masculino. Parecía un *skater* la mayoría del tiempo, con una herida roja que reposaba sobre sus labios y su clásica pequeña cicatriz en una ceja que a Vera no le pasaba desapercibida.

—Las discusiones son mis recreos. —La voz le salió ronca y calma, parecía que no hablaba desde hacía un largo rato.

Valentín era amigo de Pablo desde el instituto, podría considerarse parte de la familia. Si bien su hermano no quería tenerla cerca, ya que la despreciaba y eso era un hecho, ella veía a Valentín en los pasillos de la universidad que compartían y en la que él había ganado una beca. Se había tomado el tiempo de verlo pasearse con su mochila colgando de un hombro o comiendo alguna fruta picada, haciendo que fuese difícil olvidarse de aquel beso.

Él siempre fue ese chico que aparentaba ser tranquilo, aunque formaba parte de «la Patrulla», el nombre del cruel grupo que conformaba junto con la banda y otros chicos.

Vera sabía que Valentín trataba de mantenerse alejado de las situaciones violentas últimamente. Él nunca se había metido a molestarla y era algo que ella agradecía en silencio.

—¿Cómo te fue? —preguntó, descolocándola, mientras abría la

heladera de su amigo y sacaba una manzana—. En tu torneo...

—¡Bien! Fue fácil. Era el último de la temporada así que ahora me toca esperar un tiempo hasta el próximo, pero... gané.

Se quedó viéndola tranquilo luego de morder la fruta con esos ojos azules que transmitían calma. Le prestaba atención, dándole espacio para que hable, tanto que por un instante Vera se sintió ansiosa por su aspecto post entrenamiento.

—Es bueno que sigas peleando. Todavía recuerdo tu primer torneo. —Valentín retomó la conversación, con una sonrisa suave dejando ver sus dientes blancos algo torcidos, pero que eran perfectos para su boca. Era realmente atractivo y lo sabía. Una persona que conocía su belleza era peligrosa. Lo había visto pasar por un montón de mujeres, así como vio a muchas chicas en decenas de baños creando planes para acercarse a él en los bailes.

Él era todo lo contrario a ella, que quería pasar desapercibida: parecía un imán para las personas.

Vera volvió a la realidad y simplemente asintió, volviendo a instalar el silencio en la cocina.

—¿Cómo te lastimaste? —La pregunta salió disparada de su boca, como si su cuerpo quisiera que él se mantuviera cerca.

Valentín sonrió y ladeó su cabeza mientras daba otro mordisco, permitiendo que lo atravesara un rayo de luz que entraba por la ventana e iluminaba las partículas de polvo que flotaban en el aire.

—¿Qué historia te cuento? ¿La del héroe o la víctima? —preguntó burlón, antes de darle otro mordisco a la manzana.

—La verdadera.

Se tomó un instante en responder, mientras se escuchaban de fondo los gritos en la sala. Él negó suavemente, esta vez sin dejar de verla, sabiendo lo nerviosa que la ponía con sus miradas fijas.

—Lo sabes... Me gusta cuando el héroe se convierte en víctima y al revés. —La molestó.

—¿Porque depende de cómo y quién cuente la historia? ¿Shakespeare moderno?

—Más bien Kurt Cobain antiguo —remató él.

Ambos soltaron sonrisas cómodas. Más allá de sus diferencias, eran de una especie similar. Parecía que compartían un lenguaje y un código vincular, habían sido cercanos y este parecía ser un pequeño hueco en esa línea de tiempo que los mantenía separados.

—¡Tivo! —El grito de Pablo desde la otra habitación los interrumpió—. ¡¿Podrías honrarnos con tu presencia de una vez por todas?!

—Será un ensayo largo... —Suspiró Valentín, tirando al cesto el corazón de la manzana.

Vera se quedó ahí, sintiendo el perfume de «Tivo» y repitiendo la conversación en su cabeza, como si buscara la confirmación de que no había dicho algo equivocado. Intentando no volver atrás.

El pasado se queda en el pasado.

Notificación Amadori:

«Kitty, desean contactarte por 500 monedas.

Tiempo de respuesta 5 minutos».

—... Te dije que no era buen momento para mandar esa pauta publicitaria. ¡Para qué te doy indicaciones si al fin de cuentas vas a terminar haciendo lo que quieras! ¡No me interesa! Entiendo lo que te dijo Ezequiel, pero yo no aprobé esto... —Adrián caminaba de un lado a otro sosteniendo el celular contra su hombro mientras terminaba de acomodarse la corbata. Su traje era gris, caro y a medida, con zapatos relucientes y el pelo que se había cortado para que pareciera que no se movía ni con un huracán. Parecía una persona hecha de Legos.

Vera bloqueó la pantalla de su móvil, ocultando la notificación por más que su padre ya estuviera en el otro extremo de la cocina, aunque sin quedarse quieto. Manolo, el cocinero que fingía ser italiano, trabajaba apartado sin prestar atención.

—¿Dónde está tu hermano? —Fueron las primeras palabras que le dijo desde que había bajado.

—Debe estar atrasado acomodando su pelo... —Vera respondió mientras tragaba suavemente su cereal de todos los días.

Su padre parecía extremadamente irritado mientras escribía en su celular. Parecía que ella no existiera y lo confirmó cuando sin dirigirle la mirada siguió ordenando papeles en su fino maletín con sus iniciales grabadas en plata.

—Ayer competí... —susurró, mientras las yemas de sus dedos ansiosos golpeaban sobre la mesa.

Su padre se perdió en otra habitación y luego volvió con una carpeta que guardó rápidamente en el maletín.

—Perdón. ¿Qué me dijiste?

—Ayer competí.

Su padre levantó la vista y le sostuvo la mirada, para luego golpear la palma de su mano en la frente, como reflejo de recordar su falta. El estómago de Vera se estrujó con el vacío familiar que nada tenía de extraño.

—Ay, Verita. Perdóname. —Suspiró—. Ayer fue un día difícil. La competencia nos está comiendo los talones.

—No hay problema. No te preocupes. La próxima temporada será...

—Sé que comprendes. Se acercan las elecciones y no podemos retroceder... El próximo estaré, lo prometo.

La miró con una mirada ahora suave y el rostro aparentaba una pena profunda. Aparentaba, porque para Vera ya era indistinguible cuándo su padre decía la verdad o fingía, como lo hacía frente a las cámaras. Ya era un desconocido que llevaba su sangre y, tal vez, esa era la sensación más rara que había experimentado en su vida.

—¡Estoooy! —Pablo apareció con su morral y tanto gel que parecía que su pelo aún estaba bajo el agua.

—¿Vas a salir a la calle así? ¿Acaso estás ciego? —Su padre siempre era duro con él. Todos en la cocina se quedaron en silencio.

—¿Por qué? Se usa así.

Adrián no quería seguir con la conversación y tampoco quería retrasarse, por lo que apretó su mandíbula y no respondió a su pregunta.

—Es tarde, vamos. Que tengas un lindo día, Verita.

Su hermano se acercó a la mesa solo para quitarle la caja de cereales y le hizo una mueca, antes de desaparecer junto a su padre y el sonido de la puerta de entrada cerrándose.

—Sí, papá, me fue bien. Gané. Gracias por preguntar —susurró con tristeza y molestia, lo suficientemente bajo como para que Manolo tampoco la escuchase. De todas maneras, ni Manolo ni cualquier otro trabajador de la casa le prestaba atención. Era como si no existiera. ¿Cómo era posible sentirse aún más sola en su propia casa, el lugar que debería ser su refugio?

Ni siquiera tenía el privilegio de la soledad.